

La Palabra en el Mundo

Por David F. Wells

Si hay una crisis evangélica, aparentemente uno tiene que buscarla; y si uno la encuentra están aquellos que dicen que uno está imaginando cosas. La apariencia ciertamente es que el mundo evangélico está zumbando como una máquina bien calibrada. No parece encontrarse en un punto crucial, y su futuro no parece estar nublado en lo absoluto por la incertidumbre.

Por todas partes en *Cristianismo Hoy*, por ejemplo, uno se encuentra con el sentido tranquilizador de que todo está bien. Incluso los debates internos que agitan sus páginas de vez en cuando no son del tipo que amenazaría jamás con desgarrar el cuerpo. Además, la revista hace grandes esfuerzos para mantenerse a flote. Por lo tanto, no causa ninguna sorpresa que desde su posición no vea nada alarmante en ninguna dirección. De igual manera *Liderazgo* iza sus velas en un mar plácido y calmo. Ocasionalmente los aspectos más opacos del ministerio se dejan ver, pero en su mayoría se dedica a ser un esfuerzo alegre y optimista para unirse de las últimas tendencias y no permitir que sus pies se entrapen en asuntos bíblicos. Afortunadamente, *Liderazgo* tiene a Peter Drucker para que nos explique lo que es la práctica del ministerio. Quién sabe, uno se pregunta, ¿dónde estaría el mundo evangélico si tan solo tuviera al apóstol Pablo? Tal suerte es casi demasiado terrible de contemplar.

La verdad es que en el evangelicalismo corriente no hay un sentido de crisis en lo absoluto. ¿Y por qué debería haberlo? Cuando uno mira las publicaciones evangélicas se ve que están marchando a toda máquina. No solo están produciendo libros a granel, sino que algunas también nos están lanzando una rica profusión de parafernalia religiosa. El devoto de la Edad Media se hubiera puesto verde de la envidia si hubiesen sido capaces de ver lo que ahora tenemos. Cuando uno se vuelve a la televisión, los nuevos evangelistas han tomado el lugar de los antiguos. Sin embargo, el impreciso negocio de reunir la bendición y el efectivo en una proximidad indecorosa la una con el otro ha continuado sin interrupción. Cuando uno toma la carretera, las iglesias de los “nuevos paradigmas” están brotando como hongos por todas partes. No siempre se ven como los templos de antaño. Los edificios de las iglesias con los que estamos familiarizados muy a menudo ya se han ido, y en su lugar están aquellos que se ven más como las oficinas centrales de una corporación o como *country clubs*. Adentro, un ciclón de cambios ha arrasado con las cruces, las bancas, los himnos del siglo dieciocho, los órganos y los discursos bíblicos. En su lugar están las canciones contemporáneas, las sillas dispuestas al estilo de los cines, los discursos livianos, los cantantes profesionales, el drama y el humor también profesionales. Pero no hay ningún sentido de crisis con respecto a ninguna de estas cosas. Todo lo contrario. La apariencia es que estas iglesias tienen sustancia y realidad.

Entonces, hablar de una crisis es asumir un trabajo cuesta arriba. Es similar, quizás, a la dificultad de inyectar una nota de precaución sobre el mercado de acciones en el mismo momento cuando las ganancias corporativas son espectaculares y el promedio Dow Jones acaba de subir a nuevas alturas sin precedentes. Aquellos que están sumidos en una fiesta bulliciosa, ya sea económica o religiosa, generalmente piensan que las notas de cautela son un poco irritantes y hasta ofensivas. Por lo tanto, quisiera explorar esta dificultad un poco, tanto con respeto a la cultura más amplia y al evangelicalismo de la post-Guerra, antes de cubrir el tema de este ensayo. Lo hago así porque es importante establecer el contexto en el cual debe entenderse cualquier plática con respecto a una crisis.

LA CRISIS EN CONTEXTO

En los Estados Unidos, en el siglo veinte en particular, hemos tenido que calcular otra vez los costos y beneficios del ser modernos. Hay algo que ha de decirse de ambos lados de la ecuación. Por un lado deben pesarse los innumerables beneficios. Desde 1930, por ejemplo, nuestra expectativa de vida se ha incrementado en dos décadas, gracias a los extraordinarios avances en la medicina y la tecnología que van desde las vacunas para la polio y el sarampión, al descubrimiento del DNA, el amplio uso de los antibióticos, hasta el ensamblaje de genes y la implantación de marcapasos cardíacos. También contamos con cualquier aparato imaginable que nos ahorra esfuerzo y tiempo, desde las lavadoras de platos, las lavadoras de ropa, aspiradoras, hasta los congeladores. Ahora parece inconcebible que apenas hace medio siglo, en 1940, la mayoría de los hogares carecían de lo que ahora consideramos servicios elementales – por ejemplo, la refrigeración y la calefacción; el 30 por ciento ni siquiera tenía agua corriente. En los 1950s, cuando se construyó Levitown, una de sus características más populares era el beneficio no escuchado de que cada casa venía con su propia máquina lavadora. Desde entonces líneas de ensamblaje han vertido toda una marejada de productos hacia las salas de exposiciones, los centros comerciales y los catálogos. El resultado es que hoy, en algunos sentidos, vivimos una vida mimada que no tiene precedente. Tenemos más que cualquier otra generación – más dinero, más bienes, más comodidades, más opciones, más protecciones y más libertades.

Por otro lado, también tenemos que pesar los costos invisibles que deben pagarse por esta abundancia. Ahora somos seres de consumo, y nuestros propios ritmos internos concuerdan con el mercado como nunca antes. La inseguridad del mercado sacude nuestro mismo ser a medida que las tendencias constantes, las modas y los gustos que este mercado genera se convierten en los estándares implacables por los cuales nos sentimos obligados a vivir. Si el nuestro es un mundo en constante cambio, así nosotros, como personas, también estamos constantemente cambiando, moviéndonos de empleo en empleo, de lugar en lugar, de deseo en deseo, de punto de vista en punto de vista, y quizás de cónyuge en cónyuge. El cociente de lo que cambia a lo que no cambia ha sido transformado de manera dramática y dolorosa en nuestro tiempo. Y una de las consecuencias de esto es que la ansiedad hoy, vista desde cualquier medida, se halla en niveles sin precedentes, como igual se halla la depresión.

La metáfora más reveladora para todo esto puede ser el cuarto de almacenamiento, que desde los 1970s se ha convertido en un negocio importante. Fácil de construir y fácil de mantener, los cubos de almacenamiento proveen un espacio rentable que es más lucrativo que el de los edificios de apartamentos. El cuarto de almacenamiento, de hecho, cuenta la historia de América en una cantidad de formas. América tiene que ver con la recolección de “cosas” que, con el tiempo, abruma al propietario. También que ver con fases de la vida señaladas por dislocaciones entre aquello que encontramos en la bodega. Está allí entre los matrimonios quebrantados, las mudanzas, los cambios de profesión, y los niños que van y vienen. Los libros, mesas, ropa y bicicletas que se apilan en estas bodegas son el residuo de lo que queda de los cambios en la vida de muchos, cambios de todas las clases – temporales y permanentes, planeados y no planificados, felices y tristes.

La turbulencia de nuestra vida moderna, el desconcertante sentido de desarraigo que deja tras de sí, es simplemente el más obvio de los costos de ser moderno, pero hay otros que son menos tangibles pero no menos debilitantes. Pues mientras la vida moderna nos hace abundar con sus

bienes y baratijas, también nos vacía hasta lo sumo. La nuestra es una generación a la deriva en los altos mares de la innovación tecnológica pero desprovistos de timón o brújula. Las normas religiosas, las creencias morales, las expectativas morales que una vez proveyeron algún sentido de orden y propiedad en la sociedad han desaparecido todas por completo. Ahora tenemos mucho, pero también tenemos poco. El problema es, en parte, que hemos deseado demasiado, pues nuestros apetitos de consumo están desenfrenados; pero el problema mayor es que también hemos deseado demasiado poco – demasiado poco de lo que es verdadero y correcto.

Entonces, existen dos lados de ser moderno. Hay enormes beneficios que hacen juego con los costos correspondientes. Aquellos que escriben sobre esta crisis cultural a menudo son juzgados mal. Pues el que ellos digan que hay una crisis cultural aparentemente se contradice por la notable transformación de nuestro mundo producida por nuestra viril economía, nuestra finura tecnológica, nuestra inventiva. En verdad, hablar de una crisis es parecer desagradecido a todo esto, ser totalmente cínico e incluso descaradamente pesimista. Va en contra del espíritu Americano, contra su optimismo, su avalúo perennemente alentador de sus propias posibilidades, su confianza de poder hacer las cosas, y su deseo de ser agradable.

La misma dinámica también está presente en el mundo evangélico, y el mismo peligro acompaña a aquellos que hablan de ello. No hay duda que cuando comparamos nuestra situación hoy con la de los primeros años de la post-Guerra, nos encontramos en una posición sumamente mejorada. Entonces el evangelicalismo se hallaba en la marginalidad, religiosa y socialmente, pero ahora se encuentra en el centro. En ese entonces las iglesias eran pequeñas, en su mayor parte, y eran comparativamente pocas en número, pero ahora se han beneficiado del evangelismo enormemente exitoso que ha ocurrido. Este crecimiento puede haberse aminorado más recientemente, pero no puede haber duda de que ha habido una explosión en el creer en las décadas recientes. Las escuelas y universidades Cristianas han crecido en número y calidad, así como lo han sido los seminarios; y desde principios de los 1970s ha habido una explosión de asociaciones voluntarias, organizaciones Cristianas y nuevos ministerios. Por estas y muchas otras razones la apariencia es de tiempos de auge religiosamente hablando. Pero si tenemos mucho, creo que ahora también tenemos poco – demasiado poco de lo que es verdadero y justo. Nuestro apetito por la verdad, lo mismo que por lo que es moralmente correcto, se está perdiendo. La abundancia evangélica en la superficie, y la inagotable energía evangélica, oculta un vacío espiritual bajo sus pies. Es debido a este vacío que una crisis mayor se halla ahora en ciernes.

En un sentido no hay nada particularmente novedoso sobre la decadencia de la iglesia evangélica en nuestro tiempo. La vida espiritual está siempre fluyendo y disminuyendo. La marea sube y luego baja. En el libro de los Jueces vemos este inconfundible patrón. Hay seis ciclos, y los ritmos son idénticos: cada uno se inicia con el pecado de Israel (3:7; 3:12; 4:1; 6:1; 8:33-35; 10:6); cada declinación va acompañada del sufrimiento bajo la mano de Dios (3:8; 3:12; 4:2; 6:1; 8:33-36; 10:7-8); este sufrimiento ablandaba los corazones del pueblo de Dios de manera que comenzaban a buscarle en oración (3:9; 3:15; 4:3; 6:6; 10:15); Dios entonces levantaba un libertador para restaurarles (3:9; 3:15; 4:4-23; 6:11-16; 10:1-2). La marea se iba en cada ocasión a causa del pecado, y Dios la traía de regreso cada vez a causa de la gracia.

Es una lección básica y elemental que enseña el libro de los Jueces, y no obstante uno tiene que preguntarse porqué la condición espiritual del pueblo de Dios en ese tiempo, que estaba muy claro para el autor del libro, se les escapaba de las manos. La respuesta, creo, es que el pecado que aleja a Dios a menudo disfraza su naturaleza y obtiene su legitimidad de la cultura

circundante. La adoración a Baal comenzaba a parecer natural y normal. Lo que llegaba a ser extraño era la negativa a abrazar los dioses y las diosas paganas. De hecho, en cada período donde sucedía un alejamiento en masa de Dios y de Su verdad, las razones para ello parecen totalmente normales y auto-evidentes. Esta es la razón por la cual el retroceso de la vida espiritual parece ser tan inocente. En verdad, apenas sí se nota. Y la señal reveladora de que esto está sucediendo es que los enemigos de la fe desaparecen de la vista. La gente se acomoda haciendo lo que es culturalmente convencional en un nivel espiritual. Esta es la razón por la cual, en el Antiguo Testamento, el llamado profético era algo tan doloroso y solitario. Para aquellos que se hallaban lejos de Dios el profeta siempre les parecía andar mal de la cabeza, tan falto de gracia, tan pesimista. Desde entonces en realidad nada ha cambiado. En una época como la nuestra, cuando el evangelicalismo está confundiendo su prosperidad exterior con las riquezas internas y confundiendo la verdad con el hábito y el deseo cultural, incluso la gente más ordinaria que sabe que algo anda mal tienen que preguntarse qué tan bien serán recibidas sus percepciones.

Aunque el momento actual es siempre extremadamente difícil de entender, creo que la marea espiritual en el mundo evangélico ha comenzado a retirarse. Sin duda las causas de esto son numerosas. Algunas son internas, y algunas son externas, y no es fácil ver su relación exacta. ¿Declina la fe primero internamente, perdiendo su sustancia doctrinal, su adoración centrada en Dios, su disciplina, su predicación seria y su servicio fiel? Debilitada de este modo y comenzando a extraviarse, ¿cae entonces presa de los encantos externos de la cultura? ¿Es así como sucede? ¿O es que primero los encantos externos se inmiscuyen en la fe? ¿Acaso un pequeño compromiso sigue a otro, de manera que la doctrina primero pierde su importancia y luego su forma? ¿O suceden estos procesos de manera simultánea? No importa como decidamos pensar sobre el asunto, ambos polos – la cultura y la doctrina – tienen que ser considerados en cualquier explicación de la decadencia de la vida de la iglesia. Sin embargo, son los enredos externos los que son el foco de este ensayo, y los que le siguen tienen más en consideración la dinámica interna.

La tesis de este ensayo es muy simple. Es que el carácter del evangelicalismo contemporáneo está cambiando debido a su enredo involuntario con una cultura que, en su configuración post-moderna, tiene el poder de extraerle la sustancia doctrinal a esa fe. ¿Qué explica este enredo? Se explica mejor por el hecho que la locación cognitiva de la fe evangélica en la cultura ha cambiado, resultando en una disposición a adaptarse a esa cultura en lugar de sustentar un antagonismo moral y espiritual con ella. La consecuencia de esto es que el evangelicalismo está siendo transformado en algo que no debería ser. En este cambio, estamos comenzando, creo, a ver como la marea espiritual se va alejando.¹

DISIDENTES COGNOSCITIVOS

La dinámica que explica este cambio interno no es difícil de explicar. Tiene que ver con la manera en la cual cualquier grupo preserva, o deja de preservar, su identidad. En lenguaje sociológico, tiene que ver con el destino de la secta. Una secta es cualquier grupo de personas cuya visión del mundo es perceptiblemente diferente en relación con la sociedad en general. Las

¹ He escrito sobre cultura, modernidad y mundanidad en varias ocasiones. El hacerlo, una vez más, ha puesto a prueba mi ingenuidad pues estoy limitado en cuanto a la cantidad de cosas nuevas que puedo decir sobre estos temas. Por lo tanto, existen algunos paralelos en este ensayo con lo que he escrito en otras partes. Vea *No hay Lugar para la Verdad: O, ¿Qué le sucedió a la Teología Evangélica?* (Grand Rapids, MI: Eerdmans, 1993); *Dios en el Páramo: La Realidad de la Verdad en un Mundo de Sueños Apagados* (Grand Rapids, MI: Eerdmans, 1994); *Perdiendo Nuestra Virtud: Porqué la Iglesia Debe Recobrar Su Visión Moral* (Grand Rapids, MI: Eerdmans, 1998).

sectas en este sentido pueden ser de todas las clases, yendo desde las milicias corrientes hasta los grupos religiosos como los Davidianos. Independientemente del tipo de grupo que sea, la dinámica interna es notablemente similar.

Primero, un lenguaje distintivo emerge dentro del grupo. Este no solamente refleja la cosmovisión del grupo, sino que también sirve como una contraseña de identificación. Su uso señala de manera instantánea a aquellos que están “dentro” y su ausencia a aquellos que están “fuera.”

Segundo, surgen las normas con respecto a la vida, y a menudo se hacen valer por líderes autoritarios. Estas normas son importantes para preservar la cohesión y la identidad del grupo. Están allí como indicadores para el incauto o el poco sensato, advirtiéndoles de no entrar en territorio cuestionable en términos de creencia, asociaciones o conducta. Peter Berger señala que con respecto a la ideología de grupos como estos, es importante que establezcan “las condiciones en las cuales las ideas en cuestión tengan la oportunidad de seguir siendo plausibles.”² Es la necesidad de preservación lo que es distintivo al grupo, lo que también constituye a los miembros de tal secta como disidentes cognoscitivos. Están en conflicto, hablando de manera cognoscitiva, con la sociedad a su alrededor.

Tercero, todas las sectas en este sentido sociológico desarrollan rápidamente maneras de proveer una terapia mutua, pues la duda es a menudo, si se disimula, un problema acuciante. Aquellos cuya manera de entender la vida es notablemente diferente de lo que se toma como “natural” y “normal” en la sociedad puede que tengan sus momentos cuando se pregunten si están equivocados. ¿Por qué es que el mundo puede en apariencia seguir marchando bastante bien sin el conocimiento distintivo que ellos tienen y sin las asociaciones significativas dentro del grupo? Las sectas, debido a que son minorías cognoscitivas, tienen la tendencia a sentirse amenazadas. Puede que experimenten soledad. También tienen que llevar el oprobio de saber que son considerados extraños. Es esta inquietud interna, esta duda, esta ansiedad lo que constituye las sombras que siguen a la disonancia cognoscitiva y para la cual se necesita la terapia de la simpatía y la asociación (cf. Salmo 73).

No es difícil ver que el fundamentalismo Protestante ha sido en el siglo veinte, en esta forma, una secta.³ Aunque su estridencia en las primeras décadas de este siglo llegó a ser moderada más tarde, su visión del mundo no obstante siempre ha sido distintiva y perceptiblemente diferente de lo que se ha considerado normal en la sociedad. Su sentido de antítesis, tanto con la cultura como con el liberalismo dentro de la fe Cristiana, era agudo y doloroso. Desarrolló su propio argot religioso y formuló normas que rápidamente se tornaron legalismo que cubrían de todo desde el usar lápiz labial, el baile hasta las películas. Se apartó educacionalmente, denominacionalmente, culturalmente, y se organizó en enclaves de los que el mundo exterior estaba excluido. En estos enclaves se ofrecían la terapia y el confort a aquellos que, de vez en cuando, pudieran hacerse

2 Peter L. Berger, *De Cara a la Modernidad: Incursiones en la Sociedad, la Política y la Religión* (Nueva York: Basic Books, 1977), p. 173.

3 El proyecto de Martín Marty de describir el fundamentalismo mundial, y en muchas religiones, se centra en la idea de la batalla. Los fundamentalistas son militantes que se defienden de sus adversarios religiosos y políticos, que luchan *por* su propia cosmovisión, pelean con los recursos que provienen de su cosmovisión, batallan *contra* los foráneos, y pelean *bajo* Dios. Vea Martín E. Marty y R. Scott Appleby, eds. *Los Fundamentalismos Observados* (Chicago: University of Chicago Press, 1991), pp. ix-x. Sin embargo, el ensayo de Nancy T. Ammerman sobre el fundamentalismo Protestante en ese volumen (pp. 1-65) está más bien más matizado de lo que sugiere esta definición genérica.

preguntas sobre el mundo exterior. Y no es difícil ver como las doctrinas fundamentalistas tenían una dimensión tanto religiosa como cultural, pues como George Marsden señala, en el corazón del debate con los modernistas se hallaba la pregunta: “¿Debiese el Cristianismo y la Biblia ser vistos a través de los lentes del desarrollo cultural, o debiese la cultura ser vista a través de los lentes de la Escritura?”⁴

Por ejemplo, el que la Biblia fuese vista como inerrante y “literalmente” cierta era, en un nivel doctrinal, una manera de afirmar su inspiración; pero en el nivel cultural era también una manera de rechazar el criticismo literario en las universidades. Y este criticismo era simplemente sintomático de toda la tendencia de la educación moderna. La creencia en los milagros, que se hallaba en el corazón del fundamentalismo, estaba allí porque está en el corazón de la Biblia; pero la afirmación de tal creencia era también una manera inequívoca de rechazar el carácter naturalista y secular del momento. La creencia en la creación divina era, en un nivel, la afirmación de la enseñanza bíblica; pero en otro era un rechazo deliberado del Darwinismo y era una forma de desafiar el paradigma cognoscitivo predominante en la sociedad. El premilenialismo dispensacional era visto como una réplica de la enseñanza bíblica, pero era también una manera de rechazar las ideas con respecto al progreso de la humanidad que se encontraban en el corazón del *credo* civil que dominaba el pensamiento público hasta muy recientemente.⁵ De hecho, antes del regreso de Cristo las cosas van a ponerse mucho peores, no mejores. De este modo la doctrina fundamentalista servía tanto para proteger la verdad bíblica como para rechazar al mundo moderno.

En retrospectiva, está claro que muchos peligros acompañan al sendero de la disonancia cognoscitiva. No es fácil rechazar el paradigma cognoscitivo reinante sin tropezar con el anti-intelectualismo. Ese fue un giro que tomó el fundamentalismo.⁶ Tampoco es fácil mantener una antítesis moral con la cultura sin caer en el legalismo. El legalismo puede ser tan debilitante para la iglesia como los peligros morales contra los cuales el legalismo se ha levantado como protección. Mucho del fundamentalismo sí llegó a ser retrógrado y legalista. El fundamentalismo también produjo una profusión de líderes autoritarios quienes resolvieron los dilemas de la vida con un grado de seguridad que generalmente está más allá del alcance de los meros mortales. El panorama fundamentalista estaba lleno de tales personajes.

En los primeros años de post-Guerra, los evangélicos estaban determinados a no repetir los errores de los fundamentalistas. Se distanciaron de sus primos más bien bruscos y beligerantes hablando de sí mismos como “neo-evangélicos.” El lenguaje era de Carl Henry, aunque generalmente se le ha acreditado a Harold Ockenga. Lo que era “neo” con respecto a ellos era que no serían anti-intelectuales, separatistas, legalistas o culturalmente apartados. Dejaron de lado la calidad ordinaria del fundamentalista, obtuvieron títulos académicos de las universidades más prestigiosas, se sentaron en la mesa ecuménica, prescindieron en su mayor parte del premilenialismo dispensacional, y se liberaron de la mayoría de los tabúes culturales.

4 George M. Marsden, *El Fundamentalismo y la Cultura Americana: La Conformación del Evangelicalismo del Siglo Veinte 1870 – 1925* (Nueva York: Oxford University Press, 1980), p. 229.

5 Vea George M. Marsden, *Entendiendo el Fundamentalismo y el Evangelicalismo* (Grand Rapids, MI: Eerdmans, 1991), pp. 39-41.

6 Richard Hofstadter desarrolló este tema en su obra *El Anti-Intelectualismo en la Vida Americana* (Nueva York: Alfred A. Knopf, 1962), aunque el camino que abrió era más amplio que el simple fundamentalismo tanto en su vida histórica como en sus parámetros doctrinales. Más recientemente, Mark Noll ha hablado del “desastre intelectual del fundamentalismo.” Vea su obra *El Escándalo de la Mente Evangélica* (Grand Rapids, MI: Eerdmans, 1994), pp. 109-145.

El capítulo final de este experimento aún no se ha escrito, pero cuando llegue el tiempo habrá una interesante pregunta por responder pues con todas las verrugas y defectos del fundamentalismo este tuvo éxito en preservar la Palabra de Dios y el Evangelio. ¿Será esto también cierto de los evangélicos? Indudablemente que son mucho más agradables que los fundamentalistas, pero al final, ¿fracasarán en aquello en que los fundamentalistas tuvieron éxito? Eso será una deliciosa pieza de ironía si resulta ser cierta.

CRISTO Y LA CULTURA

En la superficie el asunto parece lo suficientemente simple. Los fundamentalistas exhibieron demasiado del ánimo “Cristo contra la Cultura,” y los evangélicos tienen demasiado de la antigua perspectiva liberal “el Cristo de la Cultura.”⁷ Los primeros liberales, decía Niebuhr, creían que “podían vivir en la cultura como aquellos que buscaban un destino más allá pero que no entraban en conflicto con ella.”⁸ Eso es a lo que se parecen demasiados evangélicos de hoy. Desde nuestros especialistas en mercadotecnia de la iglesia, nuestros periódicos respetables hasta algunos de nuestros teólogos,⁹ hay una prisa por abrazar las normas, hábitos y gustos culturales con la esperanza de tener éxito y con la creencia ingenua de que todo es bastante inofensivo y que puede utilizarse para esta o aquella causa Cristiana sin impunidad. Así que, a primera vista, la transición del fundamentalismo al evangelicalismo parece ser de una posición de demasiada lucha con la cultura, en un caso, a una de muy poca lucha con ella, en el otro.

En la raíz, sin embargo, es una cuestión de cómo engranar en la cultura sin perder el alma propia. El fundamentalismo temía perder su alma de manera que no se involucró en la cultura; el evangelicalismo teme ser diferente a la cultura y se halla en peligro de perder su alma.

7 H. Richard Niebuhr describe la esencia de la posición *Cristo contra la Cultura* como enfatizando la idea de oposición entre Cristo y la cultura: “Cualquiera que sean las costumbres de la sociedad en la que el Cristiano viva, y cualesquiera que sean los logros humanos que esta conserve, se ve a Cristo como opuesto a ellas, de manera que las confronta con el desafío de una decisión de *esto o aquello*.” (Vea su obra *Cristo y la Cultura* [Nueva York: Harper and Row, 1951, p. 40). La esencia de *el Cristo de la Cultura* es, claro está, de *acuerdo*. En estas posiciones, “A menudo Jesús aparece como un gran héroe de la historia cultural humana; su vida y sus enseñanzas son consideradas como el logro humano más grande; en él, se cree, las aspiraciones de los hombres hacia sus valores alcanzan un punto de culminación; él confirma lo mejor del pasado y guía el proceso de la civilización hacia su meta apropiada. Es más, él es parte de la cultura en el sentido que él mismo es parte de la herencia social que debe ser transmitida y conservada” (ibid., p. 41).

8 *Ibid.*, p. 87.

9 Stanley Grenz ha conceptualizado en un nivel formal y teológico lo que simplemente se lleva a cabo, sin reflexión, de manera popular en el evangelicalismo. Ha argumentado que la teología tiene tres “fuentes.” La Escritura es primordial, pero a esta deben añadirse la tradición y la cultura. Esta es una desviación notable de la forma de pensamiento de la Reforma. Con respecto a la tercera dice que los teólogos “han buscado repetidamente en las categorías de la sociedad los conceptos por los cuales expresar su entendimiento del compromiso de la fe Cristiana” (vea su obra *Teología para la Comunidad de Dios*, Nashville: Broadman and Holman, 1994, p. 25). Este es, reconoce, el método de “correlación” de Tillich. El asunto es, claro, qué tanto y de qué maneras las formas culturales cambian la sustancia bíblica. Sobre esto Grenz está lejos de ser claro. Al hablar del Evangelio en una era post-moderna, por ejemplo, dice que ahora debe llegar a ser “post-individualista,” “post-racionalista,” “post-dualista” y “post-noeticéntrico” (*Manual sobre el Postmodernismo* [Grand Rapids, MI: Eerdmans, 1996], pp. 167-174). ¿Por qué? Lo que es problemático con la propuesta de Grenz es que no se fomenta porque sea bíblicamente cierta sino porque es culturalmente plausible. Esto es lo que apelará a los postmodernos. Aunque Grenz está consciente de cómo esto ha conducido al liberalismo en el pasado, parece no darse cuenta, como Millard Erickson señala, de la noción subjetiva de la verdad con la cual está operando lo mismo que el pragmatismo crudo y cultural (Vea su obra *La Izquierda Evangélica: Un Encuentro con la Teología Evangélica Post-Conservadora* [Grand Rapids, MI: Baker, 1997], p. 59).

LA CULTURA

La palabra *cultura* ha pasado por un cambio de significado en décadas recientes, una que coincide mayormente con el surgimiento de una literatura masiva generada por un surtido de sociólogos y críticos culturales. El significado antiguo de *cultura* provenía de una palabra del Latín, idioma del que se deriva el Inglés, y tenía un significado agropecuario. Una persona culta era una que había labrado el terreno de su vida interior. Lo que esto quería decir es que una persona culta era una que valoraba el ser civilizado, quien leía literatura de calidad, escuchaba música clásica, tomaba parte en conversaciones elevadas y hacía obras de compasión, y a través de estos medios buscaba cultivar las virtudes lo mismo que el buen gusto. Se pensaba que la cultura en este sentido refinaba y mejoraba la vida.

En contraste, la palabra *cultura* hoy tiene el significado de aquellas creencias y valores que han llegado a formar parte del mundo modernizado que estamos edificando. Incluidas como parte de nuestra cultura están las nociones, que pueden estar ocultas y sin ser reconocidas, que dan forma a la manera como la gente se ve a sí misma y a su mundo. Por lo tanto, es una palabra moralmente neutra porque abarca no simplemente los aspectos finos y elevados de la alta cultura, como una vez lo hizo, sino también los aspectos buenos, malos e indiferentes de la cultura popular. La cultura no es solamente Bach sino también las *Pistolas del Sexo*, no solo lo moralmente elevado sino también la porquería y lo degradado, no solo la discusión quieta de tópicos refinados sino también la manera como el mundo mira desde abajo la barriga de la sociedad, no solo son los objetos de arte sino la producción de mal gusto de un sistema capitalista que provee gustos hasta a los más bajos denominadores comunes.

Este entendimiento más complejo de la cultura también hace más compleja la manera como la fe Cristiana se relaciona con ella. El mundo de consumo que habitamos, por ejemplo, nos ha dado recompensas que en sí mismas no pueden ser juzgadas como malas. Sin embargo, esta abundancia bien puede aumentar nuestros apetitos de consumo, y estos se vuelven parte de nuestra cultura y de su ritmo. ¿Podemos disfrutar de la abundancia sin comenzar a necesitarla en un nivel psicológico? ¿Podemos festejar en la mesa de la abundancia sin llegar a definir la vida en términos de la abundancia de las cosas que se posean? Nuestro mundo nos da una tecnología poderosa y omnipresente que, en sí misma, es un beneficio extraordinario. Al mismo tiempo, vivir en este mundo tecnológico tiende a encerrarnos en un ámbito de horizontes cognoscitivos seculares remolcados donde lo que es eficiente, lo que funciona más rápido al menor costo, llega a convertirse en lo Bueno.

Esta actitud está ahora profundamente atrincherada, no sólo en la sociedad corporativa, sino también en la iglesia. ¿Podemos tener la tecnología sin su filoso pragmatismo? La televisión nos abre el mundo entero, otorgándonos una omnisciencia virtual. También nos desarraiga del lugar al hacernos psicológicamente presentes en todo el mundo. ¿Podemos vivir en su mundo sin experimentar una profunda enfermedad psicológica con respecto al nuestro? ¿Podemos estar presentes en todo el mundo, ser testigos de sus catástrofes, males y privaciones, y continuar ilesos con todo eso? Hoy contamos con una multitud de opciones que simplemente no tienen precedentes, desde los cónyuges hasta las profesiones y los productos. Esto es algo para mostrar gratitud. Pero esta variedad, desde un ángulo, que es de tal beneficio, es, desde otro ángulo, parte de nuestra dificultad contemporánea, porque es en tal diversidad que se fermenta el relativismo. ¿Podemos vivir en medio de tal pluralismo y no perder nuestros absolutos morales? En pocas

palabras, ¿Podemos aprender a estar en el mundo moderno, disfrutar de su abundancia, sus opciones, su tecnología y televisión, sin llegar a pertenecer a la cosmovisión que crea? Esa es la pregunta crucial con la que ahora la iglesia tiene que luchar, aunque los evangélicos han sido extremadamente lentos en ver esto a pesar del hecho que las dimensiones morales y espirituales de la modernidad han sido exploradas de manera bastante mordaz por muchos escritores contemporáneos. Desdichadamente, todavía se da el caso que “los hijos de este siglo son más sagaces en el trato con sus semejantes que los hijos de luz” (Lucas 16:8).

Es imposible, entonces, pensar en la cultura en este sentido más nuevo sin pensar al mismo tiempo en la modernidad, en esas maneras de ver la vida, esos hábitos y apetitos que forman parte de la modernización del mundo y que crea el clima espiritual y moral de este tiempo. La Internet, por ejemplo, es tanto una herramienta como un artefacto cultural. Aunque, la complejidad de considerar su importancia para la fe Cristiana surge del hecho que sus funciones pueden ser buenas, malas o indiferentes; es peligrosa como fuente de pornografía y en su capacidad para crear una realidad virtual alternativa. Este tipo de ejemplo puede repetirse indefinidamente, y lo que esto significa es que relacionar a Cristo con la cultura no es un asunto simple porque la cultura abarca el espectro total del significado moral y sus gustos. Es superior e inferior, elevada y pervertida, buena y mala. Para que la iglesia aprenda como establecer cuál es la relación entre Cristo y este entendimiento de la cultura, va a tener que discernir, en maneras mucho más agudas de lo que hasta ahora han sido, donde yacen los asuntos de trascendencia espiritual y moral porque estas pueden venir empaquetadas en lo que es atractivo, deseable y atrayente.

LA CULTURA COMO MUNDANALIDAD

Entonces, no es difícil ver que los valores y percepciones que la modernidad crea a menudo coinciden con lo que la Biblia tiene en mente cuando habla de mundanidad. En términos bíblicos la mundanidad es ese sistema de valores, aquella forma de ver la vida, que se halla arraigada en la naturaleza humana caída pero a la que se le da una expresión colectiva. Es todo lo externo al individuo y a la sociedad – lo que es tomado como creencias o conductas normativas, lo que es y lo que no es considerado deseable – lo que le da plausibilidad a nuestra condición caída. De hecho, es todo aquello en una sociedad que da su permiso tácito para pecar (vea Juan 8:23; 9:5; 12:31; 14:30; 15:19; 16:11; 17:16; 18:36; 1 Cor. 1:20-28; 7:31; Efe. 2:2; Sant. 1:27; 4:4; 2 Ped. 2:20; 1 Juan 2:15-17; 4:3-5; 5:19).

Por tanto, lo que la iglesia tiene que hacer, es buscar correlaciones entre la mundanidad como la he descrito y las consecuencias culturales de la modernización tal y como la estoy esbozando. En el punto donde coincidan la iglesia debe volverse tanto anti-moderna como cuidadosamente auto-consciente acerca de su virtud y sus procesos cognoscitivos. ¿Cuáles podrían ser algunos de estos puntos?

La iglesia necesita comenzar por reconocer como la modernidad opera para cambiar el panorama religioso. La antigua tesis de la secularización, que la religión se retiraría ante el proceso de secularización hasta que este desapareciera, puede parecer más plausible en Europa de lo que es en los Estados Unidos. El hecho es que la modernidad no necesariamente elimina la religión, sino que opera para reacomodarla. La modernidad es hostil a la fe *bíblica*, no necesariamente a la fe en general. Es bastante elocuente, pienso, que en Alemania donde hay 30,000 clérigos de todas las clases, hay 90,000 brujas y personas que predicen la suerte. En Francia hay 26,000 sacerdotes Católicos Romanos, pero hay 40,000 astrólogos. Y en los Estados Unidos hoy, está claro que a la

par de su creciente modernidad hay una renovada ola de espiritualidad de todos los tipos que se está filtrando en la sociedad. La modernidad está coexistiendo con estas espiritualidades porque son compatibles con ella – y en muchas maneras la fe bíblica no lo es.

Por ejemplo, la modernidad tiende a contraer toda la realidad en el *yo*, y sustituye una manera moral de pensar con respecto a la vida con una que es terapéutica. Por lo tanto, la gran preocupación de la vida llega a ser no el Dios bíblico o incluso el Bien que se halla fuera del ser, sino los dolores, las ambigüedades y el sentido de pérdida que son internos a éste. El entrar en contacto con el *yo*, en nuestra cultura, llega a ser la misma cosa que entrar en contacto con la verdad. Todo esto puede entonces volcarse en una búsqueda de la espiritualidad, aunque sea interiorizada, pero es una búsqueda que está tan privatizada que no se entrometerá en otros, ni pensará mucho con respecto a la responsabilidad moral ante otros porque su horizonte no es moral en lo absoluto.

La modernidad es hostil al mundo moral en el que se lleva a cabo la discusión bíblica con respecto al pecado. Es hostil a la idea de que Dios no sea sino nuestro sentido de nosotros mismos en nuestros sentimientos más íntimos, que Él es objetivo en cuanto a nosotros, que Él se dirige a nosotros por la Palabra, que nos llama a la responsabilidad delante de Él. Por lo tanto la modernidad tiene el efecto de transformar la culpa en vergüenza, y la vergüenza, nuestro bochorno interno respecto a nosotros mismos, puede entonces resolverse simplemente a través de la consejería. De este modo nuestra vida moral ha llegado a secularizarse. Este es el argumento que he desarrollado en *Perdiendo Nuestra Virtud*.

Este reacomodo de significado alrededor del *yo*, alrededor de sus ánimos, necesidades, intuiciones, dolores y ambigüedades, también ha entrado a la iglesia. Su presencia se indica en cualquier parte donde estén aquellos que piensa, o actúan, como si el propósito de la vida es encontrar maneras de actualizar el *yo*, llevarlo a su realización, y trabajarlo por medio de la técnica o la adquisición, en lugar de restringirlo por consideraciones morales y, en este sentido, crucificarlo. Donde la fe Cristiana sea ofrecida como un medio para encontrar plenitud personal, en lugar de santidad, allí la iglesia ha llegado a ser mundana.

Hay muchas otras formas de mundanalidad que se hallan cómodamente en casa en la iglesia evangélica de hoy. Cuando sustituye la intuición y los sentimientos por la verdad bíblica, está siendo mundana. Cuando su apetito por la Palabra se ha perdido a favor de los discursos livianos y el entretenimiento, está siendo mundana. Cuando ha reestructurado lo que es y lo que ofrece alrededor de los compases del consumo, está siendo mundana, pues los consumidores son en realidad pecadores cuyo lugar en la iglesia no ha de explicarse por una búsqueda de auto-satisfacción sino por una necesidad de arrepentimiento. Cuando se preocupa más por el éxito que por la fidelidad, más en el tamaño que en la salud espiritual, está siendo mundana. Cuando la centralidad de Dios en la adoración se pierde en medio de la necesidad de ser entretenido y tener diversión, la iglesia está siendo mundana porque simplemente se está acomodando a la cultura del entretenimiento predominante en el mundo. ¿No es extraño que en tantos servicios Dominicales en las iglesias, servicios que son supuestamente para adorar a *Dios*, aquellos en la audiencia puede que no se sientan obligados a pensar siquiera una vez en Su grandeza, su gracia y sus mandamientos? La adoración en tales contextos a menudo tiene poco o nada que ver con Dios. En estas y en muchas otras maneras, la iglesia hoy está siendo mundana precisamente porque también es moderna. Y es su modernidad la que le impide tener una visión de su mundanalidad.

SIN ENEMIGOS

Lo que he venido describiendo es, claro, la pérdida del sentido necesario del *otro mundo* por parte de la iglesia y su absorbente preocupación con su vida de este mundo. Esa es una postura que llega a afincarse más en su cultura, y por lo tanto los enemigos de la fe Cristiana poco a poco se desvanecen de su vista. Pronto hay muy poco que no pueda incorporarse a la fe o incluso llegar a ser el centro alrededor del cual esa fe se reorganice. A medida que llega a ser mundana en estas maneras, también se vuelve antropocéntrica, su Dios más y más inmanente y cada vez menos trascendente, su adoración más horizontal que vertical, su piedad más psicológica que moral, su evangelio más enfocado en el *yo* que centrado en la cruz. Pierde su capacidad para la reforma y su habilidad para orientarse por la Palabra de Dios porque esta Palabra ha perdido su peso e interés. Pierde su visión moral, y de esta manera la búsqueda de la auto-satisfacción, de maneras organizadas o casuales, reemplaza a la vida de virtud.

En tal entorno las doctrinas respecto a Dios pierden su color y luego se desmoronan, la importancia de la adoración real se hace difícil, sino es que imposible, de sustentar, la verdad de la Palabra de Dios llega a convertirse en algo poco interesante y poco apetitoso, y la vida Cristiana llega a ser indistinguible de la vida cultural. En grados diferentes todo esto es ahora evidente en el mundo evangélico. Dado que muchos de sus líderes, sus organizaciones y sus revistas están mirando en otra dirección, algunos no han notado nada adverso; o peor aún, algunos están activamente promoviendo lo que producirá la caída de la casa evangélica.

Sin embargo, hay una ironía final que señalar. Es esta: En el Antiguo y en el Nuevo Testamento, los momentos de gran impacto en el mundo nunca fueron aquellos en los que el pueblo de Dios llegó a ser indistinguible de aquellos en su mundo. Cuando esto sucedió fue un momento de libertinaje espiritual. Para influenciar al mundo el pueblo de Dios tiene que ser bastante *diferente* de él tanto de manera cognoscitiva como moral. La ironía es que para ser relevante la iglesia tiene que ser de otro mundo; y cuando esta condición espiritual de ser *otra* se ve extinguida por las ansias de la aceptación de este mundo, pierde aquello que quiere por encima de todo lo demás – relevancia. La iglesia tarde o temprano descubre, para su gran consternación, que ha perdido su voz y que ya no tiene nada que decir. Este es el descubrimiento que ahora parece acercarse al mundo evangélico. Es el iceberg que aguarda al *Titanic* mientras que aquellos van a bordo se convencen a sí mismos de ser invencibles y lo bueno que es pasar los días en un ambiente festivo.

Este artículo se usa con permiso. Originalmente apareció en, *La Iglesia Comprometida: La Actual Crisis Evangélica*©, John H. Armstrong: Editor General, publicado por Crossway Books (Wheaton, Illinois, 1998).